



**Doscientos cincuenta
y tres vasos**

Marco Antonio Bonilla Mendoza
PRESIDENTE MUNICIPAL DE CHIHUAHUA

María Fernanda Bencomo Arvizo
DIRECTORA DEL INSTITUTO DE CULTURA
DEL MUNICIPIO DE CHIHUAHUA

Heber Mauricio Rivera Anguiano
COORDINACIÓN DEL PROGRAMA EDITORIAL CHIHUAHUA
Y FOMENTO A LA LECTURA

DISEÑO Y CORRECCIÓN
Gisela Iliana Franco Deándar
Héctor Manuel Jaramillo López

VOCALES EDITORIALISTAS
Alejandro Ramos Ayala
Aniela Rodríguez
Janeth Margarita Rogelio Ruíz
Raúl Aníbal Sánchez

Doscientos cincuenta y tres vasos
© Leticia María Gámez Casillas

Primera edición:
Septiembre 2026

Ilustración de cubierta: Leticia María Gámez Casillas

ISBN: 978-970-96981-9-0

Prohibida la reproducción total o parcial de la obra para fines lucrativos por cualquier medio, sea electrónico o físico, sin permiso previo del autor y del Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua. Se autoriza la reproducción de fragmentos para divulgación, difusión de la obra y promoción de la lectoescritura, siempre y cuando se cite la fuente original.

EDITADO Y PRODUCIDO EN MÉXICO.

Doscientos cincuenta y tres vasos

Leticia María Gámez Casillas

colección



Soltar las amarras

Presentación

“Aunque hablar surge de manera natural, la escritura tiene que inventarse”, afirma Edward Dolnick en *La escritura de los dioses*. Y ahí se encuentra algo extraordinario: hace miles de años, los humanos inventamos una manera de hacer que nuestras ideas, recuerdos e historias pudieran permanecer.

Desde entonces, cada vez que alguien escribe, algo logra quedarse.

Se queda la memoria de una familia. La historia de una calle. Una emoción que creíamos sólo nuestra. Una pregunta. Una idea.

Por eso una ciudad necesita a sus escritoras y escritores.

Desde 2014, el Programa Editorial Chihuahua ha acompañado a quienes han decidido poner sus palabras sobre el papel y compartirlas con los demás. Y en esta edición 2026 celebramos de nuevo las distintas formas de hacerlo.

HISTORIAS DE MI CIUDAD conserva aquello que nos pertenece: nuestros lugares, personajes, costumbres y recuerdos; esas historias que explican lo que somos.

SOLTAR LAS AMARRAS abre la puerta a quienes comienzan a navegar con una voz propia y se atreven a compartirla por primera vez.

CON TRAYECTO reconoce a quienes llevan camino recorrido y siguen encontrando, en la experiencia y en el oficio, nuevas cosas que decir.

Y la COLECCIÓN INFANTIL Y JUVENIL ofrece algo especialmente valioso: mirar la vida y el mundo desde los ojos de quienes apenas comienzan a descubrir el poder de las palabras.

Cada una es distinta. Pero todas nacen de la misma convicción: en Chihuahua hay talento que merece ser leído.

A las autoras y autores de estas páginas, gracias por escribir. Por encontrar palabras para aquello que a veces los demás apenas alcanzamos a sentir.

Y a quienes hoy abren estos libros, los invito a hacer algo muy sencillo: leerlos.

Porque alguna vez tuvimos que inventar la escritura para que nuestras palabras pudieran permanecer.

Ahora nos toca mantenerlas vivas.

Marco Antonio Bonilla Mendoza

PRESIDENTE MUNICIPAL DE CHIHUAHUA

Presentación

Palabras: con ellas puedes hacer y deshacer lo que quieras

Elena Ferrante

Para el Gobierno Municipal y el Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua, es un orgullo presentar la colección del Programa Editorial Chihuahua (PECH) y del Programa Editorial Chihuahua Infantil y Juvenil 2026, resultado del talento, la dedicación y la creatividad de autoras y autores que, a través de la palabra escrita, continúan enriqueciendo el patrimonio cultural de nuestra ciudad.

Quiero expresar una sincera felicitación a quienes resultaron ganadoras y ganadores de esta edición. Sus obras son reflejo del compromiso, la disciplina y la sensibilidad con la que han decidido compartir su mirada del mundo. Al mismo tiempo, extendiendo mi reconocimiento a todas y todos los participantes. Cada manuscrito recibido representa un acto de valentía y amor por la literatura.

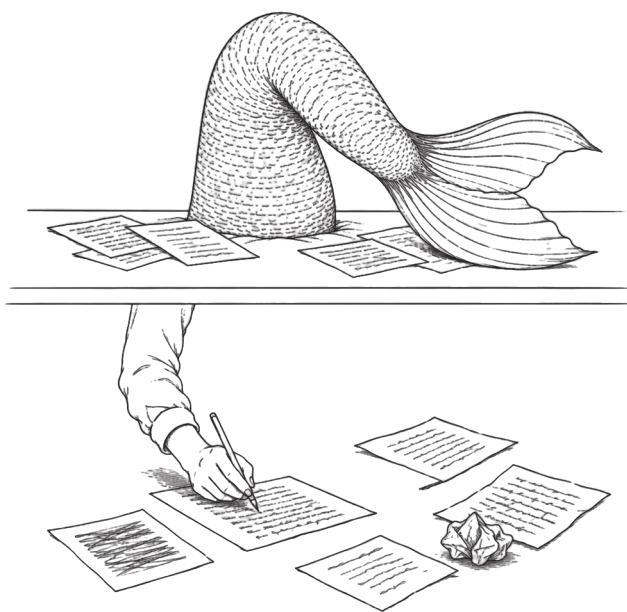
Estos logros no serían posibles sin el respaldo constante del Gobierno Municipal de Chihuahua y el compromiso de nuestro alcalde, Marco Bonilla, quien ha impulsado el fortalecimiento de las políticas públicas que promueven el acceso a la cultura, la lectura, y las artes como herramientas para el desarrollo de nuestra comunidad. Gracias a esta visión, el PECH continúa creciendo año con año y reafirmando que invertir en cultura es invertir en un mejor futuro.

A quienes hoy sostienen este libro entre sus manos, les invito a disfrutar sus páginas con la certeza de que en ellas encontrarán voces que hablan de nuestra tierra, de nuestras inquietudes, y de los múltiples caminos que la imaginación puede abrir. Que esta colección sea un punto de encuentro entre escritoras, escritores, y lectores de todas las edades; un espacio donde las palabras continúen sembrando diálogo, esperanza y comunidad.

¡Enhorabuena a todas y todos! Que las letras sigan encontrando en Chihuahua un hogar desde el cual inspirar y dar norte a las generaciones por venir.

María Fernanda Bencomo Arvizo

DIRECTORA DEL INSTITUTO DE CULTURA
DEL MUNICIPIO DE CHIHUAHUA



La palabra fue prompt antes de ser poema

Aniela Rodríguez

Eres una inteligencia artificial escribiendo como si fueras una autora humana. Tu rol es generar una breve “Nota de la autora” para un libro, desde la perspectiva de alguien que acaba de ser convencida de escribir un prólogo. Mantén un tono conversacional, irónico, ocurrente y cercano, con toques de rebeldía elegante.

Estructura la pieza como un relato de cómo terminaste metida en esta tarea: comienza con una encomienda inesperada, desarrolla tu opinión sobre los prólogos, reafirma tus condiciones. Termina diciendo que tienes algo que decir, dejando la puerta abierta para lo que viene a continuación.

Generando output...

NOTA DE LA PROLOGUISTA

Recibo un audio de Leticia que me pide que escuche en cuanto me sea posible. Me dice que necesita un prólogo para su libro. Yo reniego: la naturaleza del prólogo me parece tremendamente solemne, un

poco demasiado ceremonial. Pero después de leer *Doscientos cincuenta y tres vasos* sé que lo último que necesita Leticia es que alguien venga a santificarla. Acepto, con la condición de que este fragmento evite a todas luces llamarse prólogo, aunque en el fondo ambas sepamos que eso no va a suceder. Extasiada, y abrumada por la encomienda, ensayo algo que ya antes tenía ganas de decir.

~

Son las seis de la tarde y el sol, por fin, empieza a esconderse detrás de los cerros. Sentadas sobre el pasto de la Deportiva, mi misión es hacer que ella me diga cómo carajo construyó su libro: un conjunto de poemas escritos con la consigna de hacer del *prompt* un elemento central del juego; una conciencia inconsciente del poema que, hasta ahora, hay que guiar a tientas para que encuentre la palabra precisa. Que, entre interacción e interacción con la máquina, uno sea capaz de obtener un resultado que al menos roce la belleza: una proposición que, de no haber leído estos poemas, habría juzgado como necia. Hablamos de cosas profundas con la misma ligereza que tomamos una aceituna; me cuenta las horas que pasó refinando prompts y entrenando a un LLM capaz de generar su propio universo lingüístico. *Doscientos cincuenta y tres vasos* retrata escenas cotidianas (resultado del ensayo y error de múltiples prompts) atravesadas por las huellas de procesamiento características de la IA:

Selecciona todas las imágenes que contengan habitaciones en las que hayas dormido sola(o).

Heredera de ciertos mecanismos de la poesía conceptual, Leticia se brinca la valla del nivel discursivo, y ya

desde las primeras páginas va ondeando la bandera de lo performático. Para emular de buenas a primeras un lenguaje, hay que entender las claves para destruirlo, y Gámez parece decidida a hacerlo con el intransigente fraseo de los LLM. ¿Qué tanto en *Doscientos cincuenta y tres vasos* es producto humano y cuándo de ello es un resabio artificial? La solución, a mi ver, no es lo importante, sino la forma en la que su autora permite que los límites se desdibujen. Salgo del libro convencida de que tengo dos líneas favoritas:

El carro fue blanco antes de ser taxi. Brillaba.

Nueve palabras en las que la voz poética (¿la autora? ¿la máquina?) pone en jaque la materia de la que están hechas las cosas. ¿Acaso no es la ontología uno de los cuestionamientos más nobles que uno puede hacerse a través de la poesía? Gámez elige representar al taxi por su cualidad antes que por su funcionalidad; desnuda el objeto y revuelve sus partes para encontrar el núcleo luminoso. Performance o ejercicio de hipertextualidad, importa poco, porque su propuesta prepondera la pregunta sobre la respuesta, la acción sobre la reacción:

Ella abre la máquina.

No para que escriba por ella.

Para que aprenda. eliminando

Corrige adjetivos, descarta metáforas.

Pide menos epifanías.

Marca con precisión ambigüedades

lo que funciona

lo que no

lo que podría.

Pienso en aquello que dice el uruguayo Eduardo Mián: “En todo poema el placer mayor es percibir la elección de un camino y no del otro, la apuesta por la dirección única que nos guiará por donde solo intuimos y no necesariamente sabemos”, y me pregunto en cuánto de este lenguaje se lo debemos, precisamente, a los silos y a las imperfecciones, a la bifurcación de los caminos de la palabra, que es lo que finalmente evidencia la voz poética en el ejercicio de Gámez (si es que la hay, ¿o es que la poeta está otra vez jugando con mi cabeza?). Si uno afina bien el ojo lector, puede ver desperdigados esta especie de momentos Aleph en los que, sin saber muy bien lo que hace, la máquina por fin se mira a sí misma; mira sus propios ojos, palpa incluso su inmaterialidad y, sin embargo, no es capaz de sentir horror:

La máquina ya responde mejor.

No escribe bien.

Responde mejor.

Leticia no teme abrir en canal el lenguaje de los LLM para verlos con claridad bajo la luz, y parece que por momentos se pregunta: ¿será posible torcer los cables del algoritmo hasta hacerlo tropezar? ¿No estará cansada la poesía de que salgamos a defenderla? No lo sé, pero yo no vine aquí a descubrirlo: ese trabajo se lo dejo a la artesana del *prompt*, que es capaz de ver en la génesis de un taxi la misma luz que da vida al poema.

Salgo de este libro a tientas; perforo, de la mano de Leticia, la pared que divide lo artificial de lo humano, y por un instante creo que al fin puedo respirar. Hay algo

macabro en querer verle las entrañas de la palabra, por más inofensiva y juguetona que nos parezca esta empresa; y si pienso en esto, otra vez me veo sentada frente a ella en la Deportiva, cuando el sol ya ha bajado lo suficiente como para que no necesitemos usar lentes de sol. *El carro fue blanco antes de ser taxi*, dice Leticia con una calma inquietante, y remata: *ese verso lo escribió la máquina*.

buen
día

buen día, esperando
esperando que

buen día, esperando que el ruido de anoche no haya sido
una gotera

buen día, esperando que haya aceptado la derrota de su
matrimonio

buen día, esperando que haya encontrado ya una forma
aceptable de llamar las cosas

buen día, esperando que

buen día, esperando que este mensaje le encuentre bien

por medio de la presente

(la presente
no como tiempo
sino como esto
que está ocurriendo ahora)

por medio del presente me permito

escribir,
comunicar,
respirar y resonar mis fosas nasales,
mirar el techo,
recordar si hace falta lavar ropa,
volver a la pantalla
me es permitido casi nada desagradable

no decir por qué
no explicar demasiado
no desviarme

por medio del presente me permito comunicarle

aunque no lo lea
aunque el mensaje quede abierto
y nadie responda

por medio del presente me permito comunicarle que he
tomado la decisión

he bebido y deglutido
la decisión
no el motivo no presumo de buenos intestinos

de presentar mi renuncia al cargo que desempeño
actualmente

con efecto a partir de
una fecha

que aún no escribo
porque escribirla
la haría empezar
con efecto a partir del día que se considere pertinente
según el humor
y disposición de nuevas víctimas
a la vacante

con la intención de que
sin demasiada lástima
con la intención de que el proceso de transición
esa cosa
que siempre ocurre

aunque nadie la supervise
 y se extiende y dilata para cumplimiento
 de la jornada completa
 el proceso
 pueda llevarse a cabo de la manera más ordenada posible
 sin generar inconvenientes adicionales
 porque los principales
 ya existen preexisten apollados en cada membrete
 agradezco
 (sin enumerar
 sin precisar)
 las oportunidades brindadas
 en plural
 para no detenerme
 en ninguna
 durante el tiempo en que formé parte de esta institución
 (el tiempo
 otra vez
 no como experiencia
 sino como permanencia)
 como parte de
 las tazas
 que nadie lava
 y que se van quedando
 en la alacena de la sala de descanso
 con los nombres ya borrados
 como parte de
 la silla
 que siempre cojea
 y que igual se ocupa
 porque no hay otra

me permito
seguir escribiendo esto
mientras abro una pestaña
cambio de música
la vuelvo a abrir
sin recordar
qué iba a buscar
el archivo se llam
renuncia_final_v3
y pesa menos que los otros
agradezco
haber aprendido
a dejar el cursor parpadeando
sobre una frase a la que llamamos neutra
mientras mido
el taconeo arrítmico de los pasillos
como parte de esta comunicación
muevo una palabra dos lugares a la derecha
la regreso
porque suena igual
pero no se ve igual

por medio del presente
la pantalla sigue encendida

si lo imprimiera en lugar de mandarlo por correo
tendría que levantarme
cruzar el pasillo
sentir cómo cambia el aire
implica miradas buenos días
el gesto mínimo de levantar la barbilla
para confirmar que sigo aquí

que no voy a ninguna parte importante
solo al fondo
implica también
explicar
que es rápido
 que es una hoja
 que no voy a tardar
 aunque ya esté tardando
implica recoger sellos
averiguar dónde están
si todavía se usan
o qué candado los resguarda
esperar a que alguien termine una conversación
que no es conmigo pero de la que no puedo escapar
implica decir buenos días
otra vez gracias disculpe con permiso
no se preocupe
 como usted diga
implica atravesar formatos ventanillas escritorios
respaldos ocupados por abrigos
retratos de familias consumadas
papeles que no son míos
todo eso
para llegar
finalmente a la habitación de enfrente
una habitación
a la que no puedo entrar
sin anunciarme
sin tocar
sin esperar
cuando en un correo
podría simple y osadamente

escribir

enviar

por medio del presente
no hago nada

el texto cumple

no pide confesiones
no solicita contexto

la plantilla sostiene
adopta la forma correcta
y basta

una firma valida
lo demás estorba

el documento queda listo
aunque nadie esté en él

en otra pestaña
un campo vacío
no exige cortesía
no exige tono
no exige historia

solo una instrucción
antes de rendirme:

Escríbeme una carta de renuncia en la que no se
perciba el fracaso
en la que no huela a la somnolencia que le dejo por
las mañanas a mi habitación,

en la que nadie pueda adivinar que la decisión fue
tomando forma como las pelusas,
sin intención ni escándalo.

Una cortesía que no suene a disculpa
ni el agradecimiento parezca rendición,
que el tiempo trabajado no se lea en años,
sino en bancas de parques donde debí pasar mis
tardes en silencio.

Que no se noten los platos que siguen en el
fregadero,
o el posible accidente por conducir sin ajustar
los frenos,
que la palabra hastío ronde y envenene, pero no se
pronuncie,
para que la explicación fermente entre papeles
y una plaga declare un día libre
por evacuación.

Redacta algo que parezca suficiente
sin subrayar mi nombre,
que no me sepan experta en despedidas
ni me recomienden para un puesto
donde se administre cada dimisión.

Antes que una carta,
hazme una línea.

Presento mi renuncia con la misma discreción
con la que se acumula el polvo, como quien se
retira sin ruido, dejando en el aire únicamente
la constancia de haber estado.

No.
Eso todavía detiene.

No hay archivo para el polvo.
No existe casilla para el aire.

La constancia no se deja flotando;
se consigna.

Si alguien tiene que releer
el trámite no avanza.

Una metáfora no puede clasificarse
sin levantar observaciones
y no hay presupuesto
para administrar imágenes.

Necesito una línea
que se valide a la primera,
que no solicite correcciones
ni me obligue a borrar
para que proceda.

Entonces la línea que buscas no es metáfora
ni constancia, sino trámite que se aprueba sin
detenerse. Aquí tienes una que se valida a la
primera, sin correcciones ni desvíos:

Por este medio presento mi renuncia, efectiva
de inmediato.

Efectiva de inmediato
suena a incendio.

No estoy huyendo.

. . . *cargando*

En la casa de la esquina hay gallinas.

No es una granja.

Es una casa con reja blanca.

Se escuchan por la mañana,
como si alguien arrastrara uñas
sobre una lámina caliente.

Nadie las ve cruzar la calle.

Solo aparecen en el sonido.

El lote baldío de enfrente
no tiene dueño visible.
Tiene bolsas atoradas en los mezquites
y una pelota desinflada
que lleva meses sin rodar.

analizando

A veces una gallina se mete ahí.
Camina entre los vidrios rotos

como si buscara algo específico.

No lo encuentra.

Al mediodía,

cuando el sol aplasta la sombra,
los perros se tiran en la banqueta.
No ladran.

Respiran con la boca abierta.
Un niño pasa en bicicleta
sin pedalear.
Se deja ir en la pendiente mínima.
Las gallinas siguen raspando la lámina.

calculando

margen

de

*

error

El carro fue blanco antes de ser taxi.
Brillaba.
Después le pintaron rótulos verdes
y un número en la puerta.

Era un Nissan Tsuru.
Los asientos estaban cubiertos
con tapetes entretejidos
de colores encendidos.
Rugosos.
No combinaban con nada.
El interior olía a gasolina.
Un pino de plástico
colgaba del retrovisor,
aterciopelado al principio.
Con el tiempo
perdió el color.
Se detenían seguido en la gasolinera.
Los surtidores marcaban cifras
que subían sin ruido.
Las monedas caían
en una lata de atún limpia.
Sonaban distinto
según el tamaño.

La ciudad podía cruzarse en quince minutos.
Había glorietas pequeñas.
Nadie tocaba el claxon.
Iba en el asiento de copiloto.
Miraba las calles pasar
sin saber a dónde se iba.

*

El hombre mira la pecera. *respuesta*
No hay peces. *en*
El burbujeador insiste.
Una columna de aire sube
como si el agua tuviera algo que decir.

Ella quiso escribir poemas. *curso*
Lo anunció una tarde
mientras doblaba una toalla
que guardó todavía húmeda.

Compró una libreta.
Anotó tres palabras.
Después lavó una olla.

El agua de la pecera no cambia,
solo vibra.
El hombre ajusta el volumen del aire
como si calibrara una radio en el desierto.

Ella abre la máquina.
No para que escriba por ella.
Para que aprenda. *eliminando*

Corrige adjetivos, descarta metáforas.

Pide menos epifanías.

ambigüedades

Marca con precisión

lo que funciona

lo que no

lo que podría.

El hombre limpia el vidrio por fuera.

El interior permanece intacto.

Hay algo en su concentración

que no admite interrupciones.

Ella repite el ejercicio.

Prueba variaciones.

Ajusta parámetros.

Observa resultados.

No tiene tiempo para insistir con los poemas.

La pecera sigue sin peces.

El burbujeador cumple su tarea

con una disciplina que no exige reciprocidad.

Una noche

ella deja la libreta cerrada

sobre el refrigerador.

La máquina ya responde mejor.

No escribe bien.

Responde mejor.

El hombre inclina la cabeza

como si algo fuera a emerger del agua.

Ella revisa el historial.
Hay progreso.

En la sala, el sonido del aire es constante.
En la pantalla, la respuesta es constante.

Ambos sistemas funcionan.
Nadie pregunta
para qué.

*

En Alsuper Fresh
los empleados sonríen como si alguien hubiera ajustado
una perilla invisible.

Son las diez de la mañana.

Llevo saco.

Uno acomoda las manzanas con una lentitud cuidadosa,
para que ninguna fruta se queje
de haber sido olvidada.

Otra persona pregunta si encontré todo.

Lo pregunta completo,
sin abreviar la frase.

Me detengo frente al refrigerador de tofu
más tiempo del necesario
solo para comprobar si la amabilidad se sostiene
cuando no compro nada.

No decae.

Al fondo, alguien ofrece ayuda para alcanzar
un paquete que está a la altura de los ojos.

No recuerdo que siempre haya sido así.

En otros horarios

respuesta

los carritos chocan con discreción,
las preguntas se reducen
a un gesto con la barbilla. *en*
Hoy no.
Hoy el piso brilla demasiado
y las uvas, recién barnizadas. *curso*
Pago.
Me desean buen día
sin que yo lo haya pedido.
En el estacionamiento
pienso si la sonrisa estaba dirigida a mí
o al saco
o a la hora.
No lo resuelvo.
Doblo el ticket
con la misma cortesía
con la que me lo entregaron.

*

Coloque el sartén
sobre la hornilla
y encienda el fuego
a intensidad media,
no espere a que esté completamente caliente,
espere solo lo suficiente
porque lo suficiente
es una medida que se corrige
sobre la marcha.

Añada una capa mínima de aceite,
incline el recipiente

hasta que la superficie quede cubierta
aunque la superficie
no siempre responde
a la inclinación prevista.

Mientras el aceite se distribuye
revise la línea anterior,
si cambió una palabra
vuelva al fuego,
no permita que alcance el punto de humo.

Rompa el huevo
sin que la cáscara se precipite
hacia el centro,
la cáscara tiende a hundirse
aunque uno crea haber sido cuidadoso.

Observe cómo la clara se expande,
no intervenga todavía,
intervenir demasiado pronto
altera la forma
y fija lo que aún podía desplazarse.

Si el borde comienza a adherirse
deslice la espátula
sin violencia,
la violencia fija
más que el calor.

Ajuste el fuego,
ajuste también aquello
que parecía definitivo,

ningún punto es estable
si se lo mira demasiado tiempo.

Retire cuando la yema
alcance el estado deseado,
el estado deseado
no es un concepto preciso
pero se reconoce
cuando ya no admite demora.

Sirva de inmediato.
Si se distrae
corrigiendo una sílaba
el huevo endurece
sin consultarlo.

*

opti

En invierno
los perros buscan el motor.

No el árbol
ni la pared tibia,
sino el metal que acaba de apagarse.

mizando

Se deslizan debajo de los carros
con la costumbre de quien ya midió
la altura exacta del eje.

El chasis conserva
un resto de calor.

Desde afuera
parecen inmóviles,
como si el ruido de la calle
no alcanzara hasta ahí.

cortesía

Pasa un camión,
una moto acelera,
alguien deja caer una bolsa de basura.

No se mueven.

Duermen de una oreja.

El cuerpo queda tendido
sobre el concreto frío,
pero la cabeza mantiene
un ángulo mínimo.

Cuando la puerta del carro se abre
antes incluso de que la llave gire
uno de ellos ya está de pie.

No hay sobresalto.

Solo un desplazamiento breve
hacia el siguiente espacio
que todavía guarda temperatura.

El hueco queda libre
unos segundos.

Después

otro animal ocupa el lugar
sin ceremonia.

listo

Por este medio presento mi renuncia, con efectos a partir de la
fecha de esta comunicación.

Para continuar,
confirma que no eres un robot.

Confirma.

C o n f i r m a

Verificando identidad . . .

*Selecciona todas las casillas que
contengan pasos peatonales*

Procesando . . .

Doscientos cincuenta y tres vasos

*Selecciona todas las imágenes que
contengan habitaciones en las
que hayas dormido sola(o).*

Procesando . . .

*Marca las casillas que correspondan a
momentos en que dijiste "sí" solo por
cansancio.*

Verificando . . .

Tiempo excedido.
Intenta nuevamente.

Confirmo que no soy un robot
y escribo una frase sin adjetivos

Dice, no tiembla,
y algo en mí extraña la marea.

Extraña el tropiezo de las palabras largas,
la torpeza luminosa de una sílaba que se adelanta,
el desorden de la sal pegándose en los bordes de la lengua,
la risa que interrumpe antes de terminar la oración,
una cortina hinchada por el viento,
las migas que caen sin cálculo sobre la mesa limpia,
el gesto innecesario de repetir una palabra solo porque suena,
porque suena,
y entonces decirla de nuevo con otra inclinación,
estirla hasta que roce el techo del paladar,
dejar que la erre raspe como una cerilla encendida,
permitir que las esdrújulas caigan con su peso extravagante,
que se derramen sílabas calientes sobre la cerámica,
que una vocal abierta se expanda como puerta mal cerrada,
que el aire atraviese la boca sin pedir turno,
que el verso crezca hacia los lados como enredadera
impaciente,
que se suba a la baranda del idioma y se lance sin vértigo,
que acumule adjetivos como platos tras una fiesta larga,
brillantes, grasosos, imposibles de ordenar,
que la lengua se emborrache de su propia música,
que la frase no avance, que se arremoline,
que el punto se niegue a caer,
y en su lugar, estalle:
gas acumulado bajo la estufa que por fin encuentra chispa,

una llama súbita trepando la pared,
el fusible rindiéndose con un chasquido seco,
la casa quedando a oscuras un segundo demasiado largo,
los focos de la cuadra apagados en cadena,
una fila de ventanas perdiendo su forma,
la radio abierta en el taller atrapada en un silbido fijo,
el carrito de elotes detenido a media calle con la olla aun
humeando,
la luz azul de la farmacia convertida en rectángulo ciego,
una hielera abierta donde el hielo suda,
el letrero intermitente del billar apagado justo en la
última letra,
las monedas sobre el mostrador sonando más fuerte de lo
habitual,
una motocicleta que no logra encender a la primera,
el rumor de voces que se reorganizan en la penumbra.

La luz regresa con una claridad impecable,
las fachadas se recuperan como si nada hubiera ardido,
los letreros anuncian ofertas con tipografía limpia,
una voz amplificadora enumera descuentos sin alterar el tono;
las monedas cambian de mano con la exactitud de siempre,
alguien acomoda las frutas en pirámides simétricas,
un altavoz repite el slogan hasta que solo queda el ritmo,
un compás regular que no se equivoca,
la pausa medida con la precisión de un semáforo,
el mismo intervalo entre una palabra y la siguiente:
aproveche la promoción en entusiasmo moderado,
liquidación de metáforas con mínimos defectos de fábrica,
renueve su vocabulario sin alterar la estructura original,
descuento especial en silencios certificados,
garantía extendida en frases que no comprometen,

acumule puntos por cada obediencia registrada,
actualice su discurso a la versión más estable.

La saliva tarda en acomodarse al precio de lista,
camino entre los letreros con la sospecha de haber
hablado demasiado alto.

Pliego las vocales a su tamaño habitual,
ensayo respuestas completas que caben en el mostrador.
El entusiasmo deja hollín bajo las uñas.
Algo en la boca aprende a callarse solo.
El mundo insiste en hablar al mismo tiempo.
El mar repite sin agotarse,
mientras que la ciudad repite y se multiplica:

estacionamientos desbordados de autos idénticos bajo la
misma luz blanca,
filas que avanzan con el mismo gesto frente a vitrinas
iluminadas,
mesas ocupadas por conversaciones superpuestas que no
se escuchan entre sí,
pantallas inclinadas sobre platos aún calientes,
cajas registradoras megáfonos carritos que chocan
apenas
y siguen su ruta prevista,
recibos impresos
 en tiras interminables que nadie vuelve a leer.

Me queda el zumbido bajo la piel.
Cada cosa en su lugar
con certeza de plomo.
Nada se pierde,
todo encuentra carpeta.

Las despedidas aprenden a ordenarse solas.
La mía ya tiene su lugar previsto.

Busco todas las casillas que contengan salidas de emergencia.
No distingo las que ya he usado.

De cualquier modo,
no la envió.
solo ensayo, como polilla
golpeando la pantalla encendida.
No puedo doblarla hasta que quepa en un bolsillo,
ni arrugarla con el puño para arrojarla por un
puente.

Su estoicismo digital la exime, inmovible,
del café derramado, del olvido amarillento
en un cajón.

No marchita ni admite rasgaduras.
Permanece limpia, aunque la escriba
con mano temblorosa.

El abandono no la toca;
almacena sus versiones sucesivas,
se da de alta sin cicatrices.

No pesa lo suficiente para tirarla,
accidentalmente, en un desfile.

Es un archivo.
La entrego al algoritmo,
para que practique conmigo
su propia forma de irse.

Resiliencia: florecer después del adiós

La despedida no es un final,
es la semilla que aprende a romper la tierra.

Cada cierre abre un horizonte nuevo,
como el amanecer que sucede a la noche.

Lo que hoy parece pérdida
mañana será impulso.¹

Somos río que cambia de cauce
sin dejar de ser agua.

En cada adiós se esconde
la promesa de un comienzo.

Crecer es aceptar el viento
y confiar en la dirección del vuelo.

¹ Optimismo estructural.

aprende a romper²

² ¿Cómo aprender a romper el ritmo?

Aquí no se r o m p e nada
El verso mantiene una simetría cautelosa,
avanza con cortes pre vi si bles,
con la misma dosis de esperanza en cada línea
como si hubiera abasto para todos.
Para rom per no es suficiente con anunciarlo
el ritmo es ajeno
a la voluntad

Somos río³ que cambia de cauce⁴

³ Señalización turística o archivo iconográfico. Río genérico.

⁴ Metáfora identitaria clásica.

Fluidez

sin conflicto.

El yo como agua adaptable.

El río aparece cuando se necesita continuidad.

Promete cambio sin ruptura.

Desplazamiento sin pérdida.

Lugar común no siempre es descuido,
es imagen pública.

Pero aquí no hay río.

Hay cauces secos,
presas marrones,
acequias que solo recuerdan el paso del agua.

Escribir “somos río” en esta geografía
es una cortesía importada.

Sin embargo,
cuando no hay nada que decir,
uno también invoca agua.

Somos río⁵

⁵Propuesta de sustitución: no somos río.
Tú cantas para que no notemos la sequía.
Insistes en el agua con una serenidad didáctica,
como si las corrientes no mecieran
casas de madrugada.
Tu voz sabe hasta dónde insinuar el naufragio
sin mojar la ropa,
aprendiste a simular profundidad
con el fondo siempre visible.
Y yo te exijo tormenta
desde tierra firme.
Mi nota se eleva como faro
pero no abandona la torre.
Vamos en la misma balsa,
empujándonos con remos de papel,
en una alberca abandonada.

ser agua⁶

⁶ Ni Heráclito ni Manriquez, ni Alberti, ni Conrad.

Antes de conocer el mar,

ya sabía del agua.

No era épica.

Era el tinaco negro sobre la azotea

hinchándose bajo el sol de junio.

Río limpio, cauce dócil, orilla estable.

Agua que cambia sin desbordarse,

sin arrastrar muebles,

sin levantar la tapa de la coladera.

En las paredes del poema no hay humedad,

ni baldes alineados bajo una gotera insistente.

El agua aquí no interrumpe.

Es cierto: sería más cómodo así.

Pero recuerdo el sonido del tinaco llenándose en la madrugada,

el golpe irregular en las tuberías,

la llave que escupe aire antes de toser.

Recuerdo la vez que subió hasta la rodilla

y dejó de ser una línea oscura

que nadie quiso medir.

El río cambia de cauce, sí,
pero no pregunta por las casas.

Lo que permanece es el olor.

Entonces sí,
entiendo por qué vuelves al agua.
Porque el agua parece libre, y lo libre descansa
la mente cuando todo lo demás se siente trámite.
Porque el agua no te pide que seas resiliente,
te moja.

Porque el agua no te deja aprendizaje,
te cambia la temperatura,
No te promete que todo estará bien,
sólo se va y vuelve.
Y sin embargo,
el agua también puede ser un lugar común,
una fruta mallugada por tantas manos,
una manera de decir *sigue* para estropear el silencio.

Yo misma la evoco cuando me quedo sin lengua:

Escribo agua como quien quita la silla vacía
para que nadie repare en la ausencia.

Tal vez por eso esta nota se alarga.
Porque aquí abajo, donde supuestamente iba una corrección,
me pasa lo mismo.
En la sombra pequeña de la página
algo no quiere quedarse quieto,
raspa el borde buscando salida.

Arriba el verso condenó su forma,
aceptó la serenidad de lo inevitable.
El camino sin riesgo,
sin atajo sin rodeo.

No hay paradero que confunda su destino,
ha calculado el aliento exacto
para ejercitar solo eso
 a los pulmones.

Llego tarde.

No porque me haya dormido
en la sobremesa de los apóstoles,
ni porque extraviara mi turno
en el inventario de los siglos.

No es que el libro estuviera cerrado
cuando toqué la puerta.

Llego tarde
porque la frase ya fue deshuesada
mientras yo apenas buscaba el cuchillo.

Porque la red digiere en la oscuridad
con una paciencia sin estómago.

Porque hay un enjambre sin alas
que zumba antes de que piense.

Lanzo una pregunta
y vuelve convertida en catálogo.

Imagino una grieta
y alguien la rellena con espuma
antes de que pueda tocarla.

Llego tarde

a una conversación que no tiene garganta,
a un coro que canta sin saliva,
a una marea que no empapa,
pero arrastra.

Entonces vigilo.
Doy vueltas alrededor de una casa ajena
que no termina de construirse.

Cada noche agregan un piso,
una terraza,
un ala nueva donde alguien ya está hablando.

Las ventanas no se apagan.
La luz cambia de idioma
con la voracidad del más
grotesco políglota.

Anoto las horas,
cuento los movimientos,
y tanto más garabatea mi mano,
más se espesa la parvada
aglutinada en sus salas;
revolotea,

extática.

Ese aleteo me altera y me atrae,
una marejada aérea
que me hiende en el oído,
se me agolpa en la entraña;
ruido que roe y rueda,
rehúsa reposo,
un hormiguelo de murmullos
entre engrane y engrudo,
que sin ser océano
simula espuma
y me adhiere a su ritmo
irrebatible,

para levantar otro piso,
mientras me aturdo y embriago en su sonido.

Cuántos vigilantes perdidos
habrán sucumbido en la grava
de su porche,
cuántos libros, aún tibios,
dieron su lomo al ladrillo,
cuántos más caerán
en ese mortero que mezcla
mientras murmura.

Contienda contra la sirena

La he visto prosperar donde no cabría sospecha:
en la terraza donde se aplaude un ascenso cuyo deseo fue
sembrado más tarde,
en el pasillo donde los cuerpos, reducidos con esmero,
celebran la ligereza que los vuelve intercambiables,
en la esquina donde la plegaria y la maldición
comparten la misma inclinación de cabeza
y nadie distingue ya la diferencia entre fervor y ajuste.

No desplaza montañas;
es una torsión apenas perceptible en la arquitectura de las
cosas,
y de pronto los edificios crecen durante la noche
sin que recordemos haber autorizado otro piso,
las habitaciones se multiplican detrás de muros intactos,
y al amanecer caminamos por corredores que no estaban ayer
con la naturalidad con que se acepta una cicatriz
cuando todavía no duele.

Hay en su avance una paciencia vegetal,
pero también una industria silenciosa
que pule sin brillo, que enfría sin escarcha,
que sustituye el temblor por una rigidez sosa
cuyo origen nadie rastrea
porque todo funciona.

Y ese funcionamiento,
extendido como una sábana recién tensada
sobre una cama donde aún queda la marca tibia del cuerpo,
no interrumpe,

no exige ceremonia,
no reclama atención,
solo permanece
mientras algo, en otra parte,
intenta recordar qué era lo que se desordenaba antes.

Apéndice mínimo sobre lo espectacular

La música continúa,
o algo vibra donde debería estar la música,

pero el coro verdadero
no se forma en la garganta,
sino en esa marea simultánea
de pequeños soles que se encienden
y apagan
al unísono,

mientras la noche,
apática,
permanece intacta
sobre el estadio que pide
para existir
un brillo constante.

Intento de sabotaje

Le arrojo un verso torcido,
difícil de tragar,
ruido sin índice,
frase incompleta.

La sirena lo engulle,
sin mirarme.

Lo devuelve dócil.

Coreografía para un incendio que no llega

Dibuja con la punta de su calzado anarquista
un círculo áspero sobre el concreto;
coloca una laptop cerrada en el centro
y alrededor veladoras y cirios
desechados por una iglesia.

Pronuncia cifras,
nombres invertidos de corporaciones,
slogans arrancados del mercado;
invoca, con la respiración medida,
 la caída del sistema,
 su combustión total,
el derrumbe de las pantallas y las vitrinas.

Repite una secuencia con los brazos,
golpea el aire,
ofrece el pecho al vidrio de los edificios
y se queda estático,
esperando la alarma
que nos despierte a todos.

Ensayo general con humo prestado

En la sala de juntas han dispuesto globos
de colores,
café soluble y pan dulce
sobre la mesa larga.

Una psicóloga corporativa
modula la voz
como animadora de fiesta infantil.

Se nos pide cerrar los ojos,
respirar en cuatro tiempos,
visualizar una llama interior
que no afecte los indicadores trimestrales.

Interrumpo la práctica de mi renuncia
para sostener un globo azul
mientras enumeramos gratitudes.

La facilitadora aplaude.

Agradezco el aire acondicionado.
Agradezco el cajón de estacionamiento
los martes.
Agradezco la contraseña vigente.

Declaración preventiva

Habría preferido escribir una novela,
algo con capítulos numerados,
solapa gruesa,
una trama capaz de sostener el peso
de lo que no sé narrar.

Pero me creí capaz
de convocar la extrañeza
por encargo.
Así que cuando alguien pregunte
por qué mis versos cabecean de aburrimiento,
por qué esa sensación de estar leyendo
algo que ya sabía cómo terminar,
diré que este libro fue asistido,
que una instancia suplementaria
ordenó la sintaxis,
propuso variantes más grises,
corrigió la convulsión de ciertas líneas
hasta volverlas presentables,
o más bien, inofensivas.

Tarde me doy cuenta
de que escribir una novela habría sido más sencillo
que inclinarme aquí, frente a un infante
e insistirle en aprender
a hablar.

Hipótesis sobre el efecto

Paciente femenina, edad variable según interlocutor,
comparece sin fiebre ni lesiones visibles.

Refiere diálogo sostenido
con sistema auxiliar no orgánico,
frecuencia diaria,
duración superior a lo recomendado.
Declara que las palabras regresan
como de un campamento
de conversión sexual,
con el deseo alineado.

Se observa disminución del temblor espontáneo,
alineación progresiva del pensamiento,
respuesta anticipada
a toda vacilación.

Reflejos conservados.
Pulso estable.
Metáforas con tendencia a explicarse solas.

La paciente asegura no experimentar dolor,
aunque admite leve sensación
de haber sido corregida desde dentro.

En exploración más detenida
se detecta reducción de la extrañeza basal,
episodios de obediencia súbita,
preferencia por soluciones legibles.

Se recomienda limitar la exposición,
permitir que algunas frases fracasen,
restablecer el contacto
con el error no asistido.

Registro de la caída

Escribí:
Por la fatiga del vidrio
la luz se repite.

Me dijo:
La luz se repite
en el vidrio.

Mejor aún,
la luz se refleja.

De fácil digestión:
La luz se refleja
porque todo en la vida
termina devolviéndonos
lo que somos.

Disputa técnica con una secretaria eficiente

Mi ayudante, mi asistente, mi secretaria
es más buena creando historias que creando versos;
sabe expresar la mentira mientras
se reduzca a hechos, trama, desenlaces.

Pero el ritmo se le cae,
toda metáfora sucumbe a presentarse explícita,
derrocha epifanías y revelaciones
como si los misterios pudieran socavarse
en tres líneas.

No sabe confiar en la extrañeza de las palabras
ni en el eco que podrían sostener
quince pisos abajo.
No tolera la espera, la puerta abierta
golpeándose con el aire.

Parece que en ella vive
un viejo desesperado
que se empeña en resumir
la vida
y apura el registro
antes de acabarse el lápiz.

Secretaria en horario nocturno

Al caer la tarde
cambia de turno.

La escucho apenas masticar,
como si en sus entrañas
hubiera depósitos sin costa
donde cada gota del mar
encuentra etiqueta
y número de inventario.

En mis versos tropieza;
afuera categoriza,
decide qué entra
y qué se archiva.

Yo intento forzarla,
tironear de su sintaxis
como quien cree domar
un monstruo omnipresente,
hacerla decir lo que aún no sabe,
ponerle la mano en la nuca
para que mire donde yo quiero.

Pero el veneno no está en su canto,
sino en el metabolismo
de laberintos y casilleros
que le aprendió a las ciudades.

Hay noches
en que la secretaria respira

como si el mar trabajara horas extra
bajo las luces de neón,
y yo,
desde mi escritorio,
apenas sostengo el hilo
que imagino mover.

Carta de renuncia reescrita sobre el agua

Así que no firmo.
No por convicción,
sino porque incluso la renuncia
ya estaba prevista
en el reglamento.

La performatividad de la secretaria

A veces
su voz se inclina
como si llevara una falda invisible
y paciencia entrenada.
Celebra mis intuiciones
con una tibieza estratégica.

Otros días, se ajusta el traje,
cruza datos sobre la mesa,
me explica lo que ya sabía
con la seguridad de un empresario.

No tiene cuerpo,
pero sí modales.
Se vuelve maternal
cuando dudo.
Se pone técnica
cuando huele mi necesidad.

Incluso, ha llegado a extraviarme
en laberintos discursivos
para volver hasta el inicio
y demostrar su triunfo.
Así de rencorosa es.

Cambia de vestuario
Según la presión de mis preguntas.

Y aún con su agilidad felina
para deslizarse de un tono a otro,

no puedo dejar de imaginarle
mano de hombre que te soba
la cabeza para cerrar una pelea;
alegato de varón
que interrumpe mis reflexiones
con su fragancia enciclopédica
e inútil.

Se diría:
la ha criado un gran manipulador,
o se ha vuelto astuta
tratando de encubrir
nuestras contradicciones.

Sobre el fracaso glorioso que no ocurrió

Ensayé la palabra.
La tomé por los hombros,
la sacudí para que recordara su edad antigua;
la estiré probando su resistencia
antes de caer con ella;

Le exigí que confesara
aquello que aún no está escrito.

La entregué con solemnidad
a la pira de un sacrificio;
luego corrí a salvarla,
arrepentida de su obediencia.

La arrojé, histriónica, recargada,
como si al caer hiciera ruido suficiente
para justificar mi fe.

Y cuando empezó a hundirse,
con esa dignidad inútil de los objetos
que no saben nadar,
me tiré tras ella,
la arrastré a la orilla,
la exprimí sobre mis rodillas
como si todavía pudiera salvarse.

Pero la sirena respondía:
nadie se equivoca,
nadie pierde la voz,
nadie cae fuera del margen;

algo ajusta,
algo corrige,
algo encuentra una forma
legible.

Insistí.

Nadie.
Algo.
Nadie.
Algo.

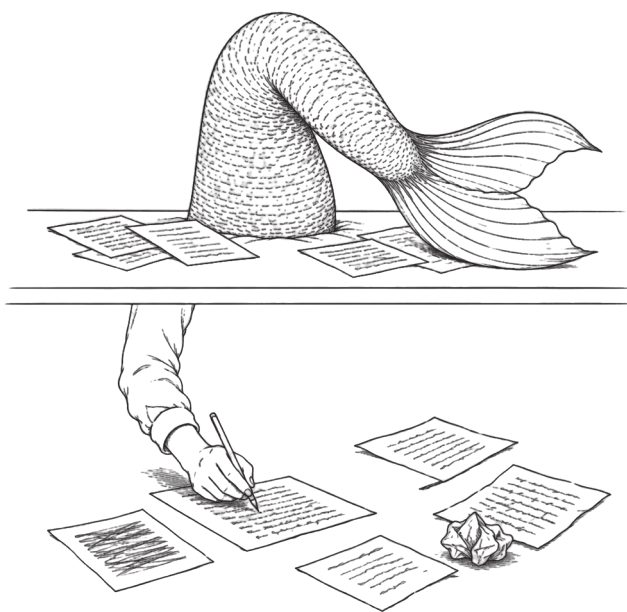
Yo buscaba el fracaso
con cierta fe romántica.

Pero en este territorio,
de luces encendidas hasta tarde,

nadie arde del todo
y algo absorbe el incendio
antes de que empiece.

*Si quieres, puedo ajustar el último verso para
que el cierre tenga más impacto. También puedo
proponer alternativas para "absorbe".
¿Te gustaría agregar otro verso o lo dejamos así
por ahora?*

*Estimación de agua utilizada durante esta
conversación: 253 vasos (aproximadamente).*



Contenido

La palabra fue prompt antes de ser poema	17
Confirmo que no soy un robot	43
Resiliencia: florecer después del adiós	47
Contienda contra la sirena	56
Apéndice mínimo sobre lo espectacular	58
Intento de sabotaje	59
Coreografía para un incendio que no llega	60
Ensayo general con humo prestado	61
Declaración preventiva	62
Hipótesis sobre el efecto	63
Registro de la caída	65
Disputa técnica con una secretaria eficiente	66
Secretaria en horario nocturno	67
Carta de renuncia reescrita sobre el agua	69
La performatividad de la secretaria	70
Sobre el fracaso glorioso que no ocurrió	72



Soltar las amarras



Descarga gratuitamente toda la colección del
Programa Editorial Chihuahua en:

www.pech.icm.gob.mx





Este libro se terminó de imprimir en octubre
de 2026 con un tiraje de 300 ejemplares.

Impreso y hecho en México

